



**Valores tradicionales y rancio militarismo en *La lista final* (TV, USA, 2022)**

Por Igor Barrenetxea Marañón  
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

USA, 2022. Título original: *The Terminal List*. Productoras: Amazon Studios, Civic Center Media, MRC Television, Fuqua Films, Indivisible Productions. Emitida por: Amazon Prime Video. Dirección: David DiGilio (Creador), Antoine Fuqua, M.J. Bassett, Ellen Kuras, Sylvain White, Fred Toye y Tucker Gates. Guion: David DiGilio, Max Adams, Tolu Awosika y Lisa Long. Música: Ruth Barrett. Fotografía: Armando Salas y Evans Brown. Reparto: Chris Pratt, Taylor Kitsch, Constance Wu, Jai Courtney, Riley Keough, Jeanne Tripplehorn, LaMonica Garrett,

Christina Vidal, Alexis Louder, Tyner Rushing y Remi Adeleke. Duración: 55 min.

Encabezada en el reparto principal por el comercial actor Chris Pratt (*Guardianes de la Galaxia* o *Jurassic World*), que hace las veces de productor ejecutivo, *La lista final* es una de esas miniseries norteamericanas de corte castrense.



La premisa de partida de la historia es bastante floja (a pesar de que se base en la novela homónima de Jack Carr). A una agrupación de los temibles Navy Seals, a cuyo frente se encuentra el comandante James Reese (Pratt), se le confía la misión de infiltrarse en Siria para acabar con la vida de un experto en armas químicas. Pero la misión sale mal y prácticamente toda la escuadra acaba muerta. Se trataba de una trampa, les esperaban. Cuando los dos únicos supervivientes regresan a EEUU, empiezan a suceder cosas extrañas. Reese padece raros síntomas de pérdidas de memoria. A su otro compañero, *Boozer* (Jared Shaw),

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.657-660>

Copyright © 2024 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

aquejado de estrés postraumático, le hallan muerto, aparentemente se ha suicidado. Pero Reese no se lo cree. Lo único cierto es que se convierte en el único que queda e intuye que algo raro está ocurriendo ante tal cúmulo de infortunios. Y así se lo confirma una periodista de investigación, Katie Buranek (Constance Wu), quien indaga en la suerte de su unidad.



La situación de Reese se vuelve desquiciada cuando una noche encuentra a su mujer e hijas asesinadas ¿Podía haberlas matado en un lapsus de memoria? ¡No! Imposible, por el amor que las profesaba. Entonces, empieza a encajar las piezas y a desenredar los hilos de una compleja madeja en la que él y sus hombres han sido las víctimas...

Tras el familiar dibujo que le hizo su hija, poco antes de partir para Siria, escribe en su reverso la lista negra de las personas que hay detrás de su tragedia. La trama conjuga misterio (el ir conociendo la identidad de los responsables), emoción y amistad (Reese recuerda de forma constante a su querida familia, mientras sufre una extraña afección, y cuenta con un valioso puñado de amigos) y acción a raudales, pero la mirada que nos ofrece no llega a ser del todo creíble, algo lúgubre y espesa, floja en su conjunto.



En su trasfondo, la serie es una denuncia sobre la escasa atención que se dedica a las fuerzas especiales y a los militares, en su conjunto, ante los efectos psicológicos negativos que provoca en ellos la fatiga bélica. Pero, como decía, el meollo es bastante poco acertado, ya que a medida que avanza se desvela que detrás de la muerte de los Seals hay un fármaco experimental que, supuestamente, ayuda a que las tropas encaren el estrés, pero que, por desgracia, les ha provocado tumores en el cerebro, incluido al propio Reese, de ahí sus fuertes migrañas y



temblores. Intereses políticos encarnados en la secretaria de Defensa, Lorraine Hartley (Jeanne Tripplehorn), militares (el almirante Gerald Pillar) y, cómo no, farmacéuticos y económicos (en las figuras de Mike Tudesco (Paul Macrane) y el temible inversor Steven Horn (Jai Courtney)) componen una amplia maraña de intereses que Reese buscará justicia de forma implacable. Eso sí, como buen patriota, no quiere afectar a ningún inocente, lo cual resulta lo más endeble de la función teniendo en cuenta que se le ve imbuido por el espíritu de la más rabiosa y salvaje venganza sin medir las consecuencias (eso se perfila cuando destripa al mercenario que acabó con la vida de su familia).

Reese no estará sólo, además de la periodista, va a contar con la inestimable colaboración de sus fieles amigos, Ben Edwards (Taylor Kitsch),

agente de la CIA y antiguo Navy Seals, y la piloto Liz Riley (Tyner Rushing), a quien Reese salvó en una misión en Irak años atrás. No habrá nada ni nadie que le detenga. Sin embargo, el NCIS y otras fuerzas, en cuanto cruza la línea y empieza a tachar los nombres de su lista, buscarán por todos los medios detenerlo. Reese, por supuesto, no se lo pondrá fácil, incluso en la situación tan delicada por la que atraviesa.

Cierto es que la serie cobra especial cuidado en las escenas de acción, pero eso no evita incurrir en una serie de situaciones que están cogidas por los pelos. Al final, Reese, herido, soportará toda clase de rigores (como hombre entrenado para ello), se verá arrastrado por un río de lodo que él mismo provoca para lograr escapar de la implacable persecución del agente Pardo (Tony Liddel). Pese a su situación desesperada, se detendrá a

salvar la vida a una agente. Su humanidad prevalece, pero, en la paradoja, no dudará en acabar con la vida de decenas de mercenarios, llegado el momento. Los mercenarios son objetivos legítimos (no son patriotas) y los agentes gubernamentales, no.



En general, se ofrece así una visión en la que el héroe acaba siendo víctima o chivo expiatorio de ciertos poderes fácticos, como en *The Shooter* (Antonine Fuqua, 2007) o *Se Busca* (David Hogan, 1997) -también aquí el tema es una vacuna-, contra los cuales combate sacando a relucir sus destrezas militares y nobleza. De hecho, la relación de Reese con su familia es modélica, afectuosa y cariñosa. Y aunque su atroz muerte parece justificar su afán de venganza, en realidad, debería ser lo contrario, ya que su mujer y su hija se sentirían horrorizadas del asesino implacable en que se ha convertido. Es más, en la serie no se discuten las intervenciones (totalmente ilegales) de las unidades especiales en otros países, sino que se presentan como necesarias. En suma,

el peor enemigo del soldado se halla en su propia casa.



Con tales ingredientes, es evidente que *La lista final* se halla impregnada por toda una defensa de valores reaccionarios, tradicionales y castrenses, reflejando además la preocupación por el abandono de los veteranos de guerra ante sus problemas psicológicos. La serie, en todo caso, se concibe como un western moderno, que cuando las leyes no sirven, aunque el papel de la periodista es importante para desvelar la naturaleza y hondura de los hechos, hay que aplicar la ley del justiciero, como la que emplea Reese. El comandante de los Navy Seals se convertirá en una especie de llanero solitario, virtuoso y letal tan del gusto del ideal norteamericano, pero tan poco democrático.